

Marguerite Duras

La vida material

Marguerite Duras habla
a Jérôme Beaujour

Traducción, posdata y notas de Menene Gras Balaguer



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *La Vie materielle*

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© P.O.L. éditeur, 1987

© de la traducción, la posdata y las notas: Menene Gras Balaguer, 2020

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-068-8

Depósito legal: M. 24.593-2020

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Nota del editor
- La vida material
- 15 El olor químico
- 18 Las Damas de las Rocas Negras
- 19 La autopista de la palabra
- 20 El teatro
- 23 El último cliente de la noche
- 25 El alcohol
- 30 Los placeres del VI
- 31 Vinh Long
- 33 Hanoi
- 35 El cuaderno negro
- 40 Bonnard
- 41 El azul del chal
- 43 Los hombres
- 52 La casa
- 73 Cabourg
- 74 Animales
- 75 Trouville
- 76 La estrella
- 77 El uniforme M. D.
- 79 El cuerpo de los escritores
- 80 Alain Veinstein
- 82 Los bosques de Racine

84	El tren de Burdeos
87	El libro
93	Quillebeuf
94	El hombre atrapado
100	Las fotografías
102	El Cortador del agua
107	Figon Georges
110	La mujer de Walesa
112	La tele y la muerte
115	La palabra que da suerte
116	El bistec verde
118	¿No quiere?
120	Las torres de vigilancia de Poissy
123	La Grande Bleue
125	París
129	El diván rojo
131	Las piedras redondas
132	La cómoda
134	Perder el tiempo
135	Las chimeneas de <i>India Song</i>
138	La voz de <i>Le Navire Night</i>
140	Comer por la noche
141	Octubre del 82
144	El estado peligroso
145	Las cartas
146	La población nocturna
157	Notas
193	Posdata: Traducir a Marguerite Duras

Nota del editor

Los números que el lector puede advertir en el margen del texto refieren por lo común a algún nombre propio o circunstancia a los que se alude en las líneas junto a las que figuran, y remiten a las notas correspondientes que se agregan en esta nueva edición en español de *La vida material* y que se recogen en las páginas 157-192 del libro. El lector puede consultarlas si quiere saber a qué o a quién se refiere la autora al hacer determinadas menciones.

La vida material

Este libro nos hizo pasar el rato desde principios de otoño hasta finales de invierno. Narré todos los textos oralmente a Jérôme Beaujour, salvo muy pocas excepciones. Luego nos dedicamos a leer los textos descifrados. Tras nuestras mutuas observaciones, yo corregía los textos y Jérôme Beaujour por su lado los repasaba. Los primeros tiempos fue difícil. Aunque no tardamos en abandonar las dudas. Intentamos abordarlo por temas, pero también lo dejamos. La última parte del trabajo la dediqué a abreviar los textos, a aligerarlos y a suavizarlos. Eso fue de común acuerdo. Por lo tanto, ninguno de los textos es exhaustivo. Ninguno refleja lo que yo pienso en general del tema que abordo, porque yo no pienso nada en general sobre nada, salvo sobre la injusticia social. El libro sólo representa, en el mejor de los casos, aquello que yo pienso algunas veces, y algunos días, de ciertas cosas. Así que también representa lo que pienso. No llevo dentro de mí la losa

·1

del pensamiento totalitario, quiero decir: definitivo. He evitado esta plaga.

Este libro no tiene principio ni fin, y tampoco tiene centro. Desde el momento en que no existe ningún libro sin razón de ser, este libro no es un libro. Tampoco es un diario, ni es un reportaje, emana del acontecimiento cotidiano. Digamos que es un libro al fin y al cabo. Dista de ser una novela, pero es más afín a su escritura –resulta curioso desde el momento en que es oral– que a la del editorial de un periódico. He dudado en publicarlo, pero ningún formato libresco previsto o en curso habría podido contener esta escritura flotante de La vida material, estas idas y venidas entre yo y yo, y entre vosotros y yo en este tiempo que compartimos.

Marguerite Duras

El olor químico

En 1986, permanecí casi cuatro meses en Trouville, de mediados de junio a mediados de octubre, ya pasado el verano. En cuanto me alejo de Trouville, tengo la sensación de quedarme sin luz. No sólo sin la luz directa del pleno sol, sino de la difusa y blanca del cielo cubierto y de la de color carbón de las borrascas. A finales de verano, cuando me encuentro lejos de este lugar, me quedo sin los cielos que salen de debajo del Atlántico, esos cielos viajeros de “larga distancia”. En otoño, me pierdo la bruma de la pleamar, el viento, las miasmas petrolíferas de El Havre y el olor químico. Cuando te levantas temprano, puedes ver sobre la playa vacía el diagrama perfecto de las Rocas Negras ligeramente deportado hacia el norte. Luego, con las horas, la sombra disminuye de altura hasta desaparecer.

Durante años, he vivido entre las casas de Neauphle, de Trouville y de París. Para poder estar en Neauphle, dejé de ir a Trouville al menos diez años, e incluso alquilé la casa durante varios veranos para compensar los elevados gastos derivados de la copropiedad. Esos años, viví sola en Neauphle, por lo que durante mucho tiempo no conocí a nadie nuevo en el hotel de las Rocas Negras. Si me instalaba en alguna parte para pasar el verano, era más bien en Neauphle-le-Château, donde conocía a todo el pueblo.

Nunca he estado en el sitio donde me habría gustado estar, siempre he ido a remolque, a la búsqueda de un lugar y de un horario, y nunca me he encontrado allí don-

de quería estar, salvo en Neauphle tal vez, algunos veranos, y en un estado de cierta desdicha dichosa. En aquel jardín cerrado de *El hombre atlántico*, la desesperación de amarle a él estaba en aquel jardín ahora abandonado. ·2 Todavía me veo allí, replegada sobre mí misma y atrapada en las heladas de los jardines desamparados.

Soy alguien que nunca llega puntual a ningún almuerzo ni a ninguna cita, ni al cine ni al teatro ni a los aviones, siempre es en el último momento. Ahora desconfío tanto de mí, que llego con una hora de antelación al teatro. Disfruto viendo a otras personas corriendo por temor a llegar tarde. Siempre iba a la playa cuando la gente ya se marchaba. Nunca me he puesto morena en la playa, porque me horroriza tomar el sol y llenarme de arena la piel y los cabellos. Me he puesto morena al volante de mi coche paseando por España o por Italia.

No obstante, durante gran parte de mi existencia, tuve el ardiente deseo de poder tomar el sol. Eso duró mucho tiempo. Elaboraba sistemas para hacer todo lo que hacían los demás. De ahí que llegara tarde a todas partes y lo pasara mal. Hacía como los demás, iba a la playa, pero al atardecer. Hacía las cosas a medias, por el mero hecho de hacerlas, pero no conseguía lo que quería. Lamento mucho haber sido así, tan reglamentaria, pero nunca contenta. Cada final de verano parezco una idiota que no comprende lo que ha ocurrido, aunque sí comprende que es demasiado tarde para vivirlo. Si hay algo que sé hacer es mirar el mar, poca gente ha escrito sobre el mar ·3 como lo he hecho yo en *El verano del 80*. Así es: el mar en *El verano del 80* es lo que no he vivido, es lo que deposité en un libro porque no habría podido vivirlo. Este paso

del tiempo siempre ha sido igual toda mi vida. Durante toda mi vida.

Habría podido continuar después de *El verano del 80*. No hacer nada más. El diario del mar y del tiempo, el de la lluvia, de las mareas y del viento, de aquel viento brutal que arranca las sombrillas y las lonas, y de este otro que se agazapa alrededor de los cuerpos de los niños en las hondonadas de las playas, detrás de los muros de los hoteles. Con el tiempo detenido, la gran barrera del frío y el invierno polar ante mí. *El verano del 80* se ha convertido ahora en el único diario de mi vida. El de mi pérdida junto al mar, aquel verano infeliz de 1980.

Las Damas de las Rocas Negras

En verano, unas señoras ya mayores se dan cita cada tarde en la terraza del hotel de las Rocas Negras y no paran de hablar. Las llaman las Damas de las Rocas Negras. Todos los días, todas las tardes y todo el verano. Podemos hablar de nuestra vida toda la vida, la vida da para mucho. Estas mujeres charlan en la terraza que da al mar hasta que refresca y se va haciendo de noche. A menudo la gente que pasa se queda escuchando. A veces, invitan a alguien a sentarse con ellas. Son mujeres que narran de una manera insuperable cosas que les han ocurrido en la vida o que han ocurrido a otros y en el mundo. Resurgidas de los escombros de la guerra, hablan desde hace cuarenta años del centro de Europa. Hay personas que se encuentran cada año en ese gran hotel de la costa de La Mancha. Para eso, para hablar.

En 1940, tenían entre veinte y treinta y cinco años. Algunas viven en Passy, en Francia. La palabra damas no quiere decir nada si no se conoce a las de La Mancha.

En verano reconstruyen Europa a partir de sus redes de amistades, de encuentros, de relaciones mundanas y diplomáticas, de los bailes de Viena, de París, de los muertos de Auschwitz y del exilio.

- 1 Proust se alojaba a veces en este hotel. Algunas debieron de conocerle. Tenía la habitación 111, que daba al mar. Es como si Swann estuviera aún por los pasillos. Cuando ellas recuperan la juventud, es entonces cuando Swann pasa.

La autopista de la palabra

En esta especie de libro que no es un libro, me habría gustado hablar de todo y de nada, como cada día en el transcurso de una jornada como las demás, trivial. Tomar la gran autopista, la vía general de la palabra, sin referirme a nada en particular. Pero es imposible hacerlo, evadirse del sentido, no ir a ningún sitio y limitarse a hablar sin partir de un punto dado de conocimiento o de ignorancia, hasta encontrarse al azar en medio de la muchedumbre de palabras. No se puede. No se puede saber y no saber al mismo tiempo. Por lo tanto, este libro, que me habría gustado que fuera en última instancia como una autopista, que habría debido ir en todas direcciones a la vez, quedará como un libro que quiere ir a todas partes y que sólo va a un lugar, y que volverá y se irá de nuevo, como todo el mundo y como todos los libros, a menos que me calle, pero eso, eso no se escribe.

El teatro

Este invierno voy a hacer teatro, y espero salir de mi casa, hacer teatro leído, no representado. La representación despoja al texto, no le aporta nada, es lo opuesto, resta presencia, profundidad, músculos y sangre al texto. Hoy pienso así. Pero pienso así a menudo. Pienso así del teatro en mi fuero interno, aunque como ningún teatro se lee, empiezo a pensar de nuevo en el teatro habitual y me olvido. Pero, desde mi experiencia en el teatro del

·1 Rond-Point en enero del 85, estoy convencida por completo y sin rodeos de lo que acabo de decir.

·2 Un actor que lee un libro en voz alta, como lo haría en *Los ojos azules, pelo negro*, sin nada más que hacer, nada más que mantenerse inmóvil, nada más que extraer el texto del libro sólo mediante la voz, sin las gesticulaciones para hacer creer en el drama del cuerpo sufriente a causa de las palabras dichas, en tanto que el drama entero está en las palabras y el cuerpo ni parpadea. No conozco ninguna palabra teatral que iguale en potencia a la de los celebrantes de una misa cualquiera. Los que rodean al Papa hablan y cantan en una lengua extraña, con una pronunciación clara, sin acento tónico, sin ningún acento, llana y sin precedentes ni en el teatro ni en la ópera. En los recitativos de las Pasiones según San Juan y San Mateo, y en algunas obras de Stravinsky, como en las *Bodas* y en la *Sinfonía de los Salmos*, encontramos estos campos sonoros creados como si cada vez fuera la primera vez y pronunciados hasta la resonancia de la palabra, con el sonido que le corresponde, nunca oído en

la vida corriente. Sólo creo en eso. En la *Berenice* de Grüber, donde ésta permanecía casi inmóvil, lamenté el inicio de los movimientos porque éstos alejaban la palabra. Las súplicas de Berenice, pese a la interpretación de la maravillosa actriz que es Ludmilla Michaël, no disponían del campo sonoro que merecían. ¿Por qué seguir engañándonos? Berenice y Tito son los que recitan, el escenógrafo es Racine, y la sala es la Humanidad. ¿Por qué representar esto en un salón o una alcoba? No me importa lo que penséis a propósito de lo que digo. Dadme una sala para que *Berenice se lea* y lo comprobaréis. En *Savannah Bay*, durante la conversación que llamamos la de las “voces restituidas” de los jóvenes amantes, las voces se anticipaban a lo que yo digo. En *La Haya* ocurrió algo extraño que nunca habían conseguido mis dos actrices favoritas. Tenían el teatro entero ante sus ojos, miraban la sala y al mismo tiempo mostraban lo que ocurre en un teatro cuando se cuenta la historia de unos amantes.

Desde 1900, no se representaban obras de mujeres en la Comédie-Française, ni en el T.N.P. con Vilar, ni en el Odéon, ni en Villeurbanne, ni en la Schaubühne, ni en el Piccolo Teatro de Strehler, ni de ninguna autora ni de ninguna directora de escena. Un día, Sarraute y yo empezamos a ser representadas en los Barrault. Mientras que George Sand sí se representaba en los teatros de París. Esto se prolongó más de 70, 80 o 90 años. Ninguna obra hecha por una mujer en París, ni tampoco en Europa quizá. Lo descubrí. Nadie me lo había dicho jamás. Sin embargo, esto sucedía a nuestro alrededor. Hasta que un día recibí una carta de Jean-Louis Barrault preguntándome si quería adaptar para el teatro mi novela

- 8 corta titulada *Días enteros en las ramas*. Acepté. La adaptación fue rechazada por la censura. Hubo que esperar hasta 1965 para poder representar la obra. Fue un gran éxito. Pero ningún crítico destacó que era la primera obra de teatro escrita por una mujer que se representaba en Francia desde hacía casi un siglo.

La carretera atravesaba la Auvernia y el Cantal. Habíamos salido de Saint-Tropez por la tarde y condujimos hasta entrada la noche. No recuerdo exactamente qué año era, fue en pleno verano. Le conocía desde principios de año. Tropecé con él en un baile al que había ido sola. Pero eso es otra historia. Quiso parar antes del amanecer en Aurillac. El telegrama había llegado con retraso, lo habían enviado a París, y de París lo reenviaron a Saint-Tropez. El entierro debía tener lugar al día siguiente, a última hora de la tarde. Hicimos el amor en el hotel de Aurillac, y lo volvimos a hacer. Por la mañana lo hicimos de nuevo otra vez. Creo que fue allí, durante aquel viaje, cuando mi apego se hizo evidente en mi cabeza. Por él. Creo. Aunque no estoy tan segura. Pero por él, seguro, sí, desde el momento en que él sentía el mismo deseo que yo. Pero él como otro, como el último cliente de la noche. Apenas dormimos, y reemprendimos el viaje muy temprano. Era una carretera muy bonita pero terrible e interminable, con curvas cada cien metros. Sí, fue durante aquel viaje. Nunca más ha vuelto a pasarme algo así en la vida. El sitio ya existía. Aquellas habitaciones de hotel. En las orillas arenosas del río. Era de noche. También formaban parte del lugar los castillos y sus muros. La crueldad de las cacerías. Los hombres. El miedo. Los bosques. Las alamedas desiertas. Los estanques. El cielo. Tomamos una habitación a orillas del río. Hicimos otra vez el amor. Dejamos de hablar. Bebimos. Me pegaba impasible. En la cara. Y en ciertas par-

tes del cuerpo. No podíamos acercarnos más el uno al otro sin tener miedo, sin temblar. Me llevó hasta lo alto del parque, a la entrada del castillo. Estaban los de Pom-
·2 pas Fúnebres, los guardianes del castillo, el ama de mi madre y mi hermano mayor. A mi madre no la habían metido todavía en el ataúd. Todo el mundo me esperaba. Mi madre. Besé la frente helada. Mi hermano lloraba. En la iglesia de Onzain éramos tres, los guardianes se habían quedado en el castillo. Yo pensaba en este hombre que me esperaba en el hotel a orillas del río. No me daban pena ni la difunta ni el hombre que lloraba, su hijo. Nunca me la dieron. Después acudí a la cita con el notario. Di mi consentimiento a las disposiciones testamentarias de mi madre y me desheredé.

Él me esperaba en el parque. Dormimos en aquel hotel a orillas del Loira. Después, nos quedamos varios días junto al río, dando vueltas por allí. Permanecíamos en la habitación hasta entrada la tarde. Bebíamos. Salíamos para beber. Volvíamos a la habitación. Por la noche salíamos de nuevo. Buscábamos cafés abiertos. Era la locura. No podíamos marcharnos del Loira, de ese lugar. Tampoco hablábamos de lo que buscábamos. A veces teníamos miedo. Sentíamos una profunda lástima. Llorábamos. No pronunciábamos la palabra. Lamentábamos no amarnos. Ya no sabíamos nada. Existía sólo lo que decíamos. Sabíamos que esto no volvería a sucedernos en la vida, pero de eso no decíamos nada, ni de que éramos los mismos frente a esta extraña disposición de nuestro deseo. Siguió siendo la locura todo el invierno. Al final, fue menos grave, una historia de amor. Y más tarde escribí *Moderato Cantabile*.
·3

El alcohol

He vivido sola con el alcohol durante veranos enteros en Neauphle. La gente venía los fines de semana. Durante la semana, me quedaba sola en aquella casa tan grande, y allí el alcohol adquirió todo su sentido. El alcohol hace resonar la soledad y termina por hacer que se lo prefiera antes que cualquier otra cosa. Beber no es obligatoriamente querer morir, no. Pero no puedes beber sin pensar que te estás matando. Vivir con el alcohol es vivir con la muerte al alcance de la mano. Lo que impide que acabes contigo cuando enloqueces a causa de la embriaguez alcohólica es la idea de que una vez que hayas muerto no podrás beber más. Empecé a beber en las fiestas y en las reuniones políticas, primero copas de vino y luego whisky. Y a los cuarenta y un años, encontré a alguien que le gustaba de verdad el alcohol, y que bebía todos los días, aunque de una manera razonable. Lo superé muy deprisa. Pasaron diez años. Hasta la cirrosis y los vómitos de sangre. Paré otros diez años. Era la primera vez. Volví a empezar, y volví a parar, ya no sé por qué. Luego, dejé de fumar, y sólo pude hacerlo volviendo a beber. Es la tercera vez que paro. Nunca, nunca he fumado opio ni hachís. Me he “drogado” con aspirina todos los días durante quince años. Nunca me he drogado de verdad. Al principio, bebía whisky y calvados, lo que llamo alcoholes insípidos, cerveza y verbena de Velay –lo peor para el hígado, dicen–. Pero al final empecé a beber vino y ya no paré nunca más.

Desde que empecé a beber, me convertí en una alcohólica. No tardé en beber como una alcohólica. Dejé a